

la esperanza, porque se siente formado para la inmortalidad. Los conjuros y la nigromancia no son otra cosa en los pueblos que el instinto religioso, y una de las mas irrefragables pruebas de la necesidad de un culto. Muy cerca se está de creer todo cuando en nada se cree; hay adivinos cuando no hay profetas; sortilegios cuando se prescinde de las ceremonias religiosas; y las cavernas de los hechiceros se abren cuando se cierran los templos del Señor.

CUARTA PARTE.

CULTO.

LIBRO PRIMERO.

Iglesias, ornamentos, cantos, oraciones, solemnidades, etc.

CAPITULO PRIMERO.

De las campanas.

Ocupémonos ahora del culto cristiano, pues este asunto es cuando menos tan rico como el de las tres primeras partes, con las que forma un todo completo.

Mas ya que nos preparamos para entrar en el templo, hablemos desde luego de la campana que á él nos llama.

Es cosa que maravilla ver cómo se ha hallado un medio seguro de producir en un mismo instante, merced á un golpe de martillo, un mismo sentimiento en mil corazones diferentes, obligando á los vientos y á las nubes á hacerse intérpretes de los pensamientos humanos. Considerada luego como armonia, la campana es de esa belleza de primera clase que los artistas denominan *lo grande*. El fragor del trueno es sublime, y lo es tan solo por su magestad; lo mismo acontece respecto del estrépito de los vientos, de los mares, de los volcanes, de las cataratas y de la voz de todo un pueblo.

Si Pitágoras prestaba atento oído á los martillazos de un herrero, ¡con cuánto placer hubiera escuchado el sonido de nuestras campanas, en la víspera de una solemnidad! El alma puede conmoverse con las consonancias de una lira, pero no se llenará de entusiasmo como cuando el rayo de los combates la despierta, ó cuando un alegre repique proclama en la región de las nubes los triunfos del Dios de las batallas.

No es este, sin embargo, el carácter mas notable del sonido de las campanas, pues tiene con nosotros mil relaciones secretas. ¿Cuántas veces en el silencio de la noche, el fúnebre toque de agonía, semejante á las lentas pulsaciones de un corazón moribundo, ha sorprendido á una esposa adúltera que lo escuchaba? ¿Cuántas veces llegaron hasta el ateo, que en su vigilia impía osaba tal vez escribir contra la existencia de Dios? La pluma abandona su mano, y cuenta con espanto los golpes de la muerte, que parecen decirle: *¿Por ventura no hay Dios?* ¡Ah! ¡No fue otro el ruido que perturbó el sueño de nuestros tiranos! ¡Admirable es la Religión, que solo al golpe de un mágico metal, puede trocar en tormentos los placeres, conmover al ateo, y hacer caer el puñal de una mano asesina!

Aun despierta sentimientos mas dulces el sonido de las campanas. Cuando en el tiempo de siega, y al rayar el alba, se oye con el canto de la cogujada, el grato repique de las campanas de nuestras aldeas, nos parece que el ángel de las mieses, para despertar á los trabajadores, suspira en algun instrumento hebreo la historia de Séfora ó de Noemi. Tanto esa campana agitada por las fantasmas en la antigua capilla

de la selva, como la que, para alejar la tempestad, echa á vuelo en nuestros campos un religioso temor, y la que por la noche se tañe en algunos puertos de mar para dirigir al piloto á través de los escollos, tienen en sus confusos rumores sus encantos, y maravillas. El repique armónico de las campanas en nuestras fiestas, parece aumentar la alegría y el regocijo público, expresándose el gozo en una escala de sonidos inmensos, así como por el contrario, en las grandes calamidades se hace pavoroso surtumbo. Todavía se erizan los cabellos á la memoria de aquellos dias de incendio y de muerte, en qué la campana vibraba los lúgubres clamores de alarma. ¿Quién ha olvidado aquellos alaridos, aquellos penetrantes gritos, interrumpidos tal vez por algunos fusilazos, por algunas lamentables y solitarias voces, y, sobre todo, por los sordos ecos de la campana de rebato, ó por el reloj que marcaba tranquilamente la hora transcurrida?

En una sociedad bien dirigida, el toque de rebato excita la piedad y el terror, y despierta de esta manera las dos fuentes de las grandes emociones trágicas.

Estos son los sentimientos que producen las campanas de nuestros templos: sentimientos tanto mas bellos, cuanto que llevan siempre consigo un recuerdo confuso del cielo. Si las campanas se hubieran destinado á cualquier otro monumento que á las iglesias, habrían perdido su simpatía moral con nuestros corazones. Empero no ha sido así. Dios es quien manda al ángel de las victorias *voltear las campanas* para que publiquen nuestros triunfos, ó al ángel de la muerte para que anuncie la partida del alma que acaba de remontarse á su trono. Así se comunica una sociedad cristiana con la Divinidad por medio de mil voces secretas, y sus instituciones van á confundirse misteriosamente con la fuente de todo misterio.

Dejemos, pues, que las campanas congreguen á los fieles, porque la voz del hombre no es bastante pura para convocar al pie de los altares el arrepentimiento, la inocencia y el infortunio. Entre los salvajes de la América, cuando el viajero se presentaba á la puerta de una cabaña, un niño le introducía en el hogar de su padre: conveniente sería, si se nos prohibiesen las campanas, elegir un niño para que nos llamase á la casa del Señor.

CAPITULO II.

De la vestidura de los sacerdotes, y de los ornamentos de la Iglesia.

Se declama continuamente contra las instituciones de la antigüedad, sin reflexionar que el culto evangélico es la única reliquia que de ella ha llegado hasta nosotros. En la Iglesia, todo recuerda aquellas remotas edades, que, aunque abandonadas mucho há por los hombres, son todavía objeto de sus pensamientos. Si se fija la consideración en el sacerdote cristiano, de repente nos vemos trasladados á la patria de los Numas, de los Licurgos, ó de los Zoroastros. La *tiara* nos recuerda al medo errante por las ruinas de Suza y de Ecbatana. El *alba*, cuyo nombre latino significa el rayar del día y la virginal blancura, ofrece gratas analogías con las ideas religiosas, y los ornamentos de nuestros altares excitan siempre un magestuoso recuerdo, ó una agradable armonía.

¿Por qué el altar cristiano, semejante á un sepulcro antiguo, y la imagen del sol vivo encerrado en nuestros tabernáculos, nos complacen tanto? Nuestros cálices buscaron sus nombres entre las plantas, y la azucena les prestó su forma: graciosa concordancia entre el Cordero y las flores.

Bien así como la señal mas directa de la fe es la cruz, así tambien ha sido el objeto mas ridículo para algunos. Los romanos, igualmente que los nuevos enemigos del Cristianismo, se burlaron de ella; pero Ter-

tuliano les mostró, que ellos mismos usaban de esta señal en sus haces de armas. La actitud que la cruz hizo tomar al Hijo del Hombre es sublime: el cuerpo pendiente y la cabeza inclinada forman un contraste divino con los brazos extendidos al cielo. ¿Qué mas? La naturaleza, menos delicada que los incrédulos, ha grabado la cruz en muchas de sus obras, hallándose una familia entera de flores que pertenecen á esta forma, y distinguiéndose por su inclinación á la soledad: la mano del Omnipotente ha grabado tambien la señal de nuestra redención entre los astros.

La urna que en nuestros templos contiene los perfumes, imita la forma de una navicilla, y exhala olorosos vapores que fluctuan sobre un vaso pendiente de largas cadenas. Por una parte se ven los candelabros de bronce dorado, imagen de los candelabros místicos del Rey-Poeta; las Virtudes Cardinales sostienen el fascistol triangular; las liras adornan sus lados; coronado un globo terráqueo; y una águila de metal, colocada sobre aquellas bellas alegorías, parece llevar sobre sus tendidas alas nuestras oraciones á los cielos. Ofrecense á la vista por todas partes púlpitos ligeramente colgados, vasos cubiertos de lamas; balcones y balaustradas de mármol, altos blandones, sillas de coro fabricadas por escultores famosos, piés para las lámparas, elegantemente torneados, y custodias derribes diseñadas por eminentes artistas. Algunas veces los despojos de los templos de los falsos dioses servian para decorar el templo del Dios verdadero; las pilas del agua bendita de San Sulpicio eran dos urnas sepulcrales, traídas de Alejandria; las bandejas, las patenas, y el agua lustral recordaban á cada paso los sacrificios antiguos, mezclándose siempre, pero sin confundirse, la memoria de lo que tuvieron de mas bello la Grecia é Israel.

En fin, las lámparas y las flores que adornan nuestras iglesias, perpetúan la memoria de aquellos tiempos de persecución, en que los fieles se congregaban en los sepulcros para orar. Creíase ver aquellos primeros cristianos, encendiendo clandestinamente sus hachas bajo las bóvedas fúnebres, y á las doncellas llevando flores para adornar el altar de las catacumbas; un pastor, tan pobre de bienes temporales como ricode buenas obras, consagraba estos dones al Señor. Aquel era el verdadero reino de Jesucristo, del Dios de los pequeños y miserables, cuyo altar era tan pobre como sus mismos siervos: mas si los cálices eran de madera, los sacerdotes eran de oro, segun la expresion de San Bonifacio; que nunca brillarán tantas virtudes entre los cristianos, como en aquellas felices edades en que, para bendecir al Dios de la luz y de la vida, era forzoso ocultarse en las sombras de la noche y de la muerte.

CAPITULO III.

De los cantos y las oraciones.

Se reprueba en el culto católico el uso de una lengua extraña al pueblo, como si se le predicara en latin, ó no estuviese traducido el Oficio divino en todos los libros de la Iglesia. Por otra parte, si la Religión hubiera sido tan inconstante como los hombres, mudando de idioma con ellos, ¿cómo hubiéramos conocido las obras de la antigüedad? Tales es la inconsecuencia de nuestra condición, que censuramos aquellas mismas costumbres á que debemos parte de nuestras ciencias y placeres.

Mas, no considerando los usos de la Iglesia romana sino bajo sus inmediatas relaciones, no comprendemos que la lengua de Virgilio (y en algunos tiempos y lugares la de Homero), sea desagradable. Creemos que una lengua antigua y misteriosa, que no cambia con los siglos, se adapta muy bien al culto del Ser Eterno, incomprensible é inmutable; además de que obligándonos el conocimiento de nuestros males á

dirigir humildes ruegos al Rey de los reyes, ¿no era natural que se le hablase en el mas hermoso idioma de la tierra, en aquel mismo en que, postradas las naciones, dirigian sus humildes súplicas á los Césares?

Es además cosa notable que las oraciones en lengua latina parecen aumentar el sentimiento religioso de la multitud de los fieles, sin duda por un efecto natural de nuestra inclinación á lo secreto. El hombre, en el tumulto de sus pasiones, y en el fondo de la miseria de su vida, al pronunciar palabras poco familiares y aun desconocidas, juzga que pide todo lo que le falta, y lo que ignora: lo indeterminado de su oración es lo que le agrada y satisface, y su alma inquieta, que apenas sabe lo que desea, se goza en formar votos tan misteriosos como sus necesidades.

Réstanos examinar lo que se llama la *barbarie* de los cánticos sagrados.

Es opinión generalmente admitida que los hebreos exceden á los demás pueblos de la antigüedad en el género lírico; y así la Iglesia, que canta todos los dias los salmos y las lecciones de los profetas, es la primera que presentó unos cánticos de fondo precioso. No comprendemos qué puedan tener de *ridículo* ni de *barbaro* las siguientes palabras:

«No esperemos, alma mia, en las promesas del mundo, etc.»

«Despierte la tierra á los acentos de mi voz, etc.»

«He visto mis tristes dias

«Declinar hácia su ocaso, etc.»

Aun en los Evangelios y epístolas de los Apóstoles encuentra la Iglesia otro manantial para sus cantos. Racine, creyendo, como Malherbe y Rousseau, que estas *prosas* eran dignas de su musa, procuró imitarlas. San Crisóstomo, San Ambrosio, Santo Tomás de Aquino, Coffin y Santeuil por su parte hicieron resonar otra vez la lira griega y latina sobre las tumbas de Alceo y de Horacio. Atenta la Iglesia á las alabanzas del Señor, mezcla sus conciertos matinales con los de la aurora:

«*Splendor paternæ gloriæ*....

Al ocaso, canta:

«*Cæli Deus sanctissime*....

No carece de hermosura esta música de Israel en la lira de Racine, pues mas que un sonido *real*, parece oírse aquella voz interior melodiosa, que, como dice Platon, despierta por la mañana á los amantes de la virtud, *cantando con toda su fuerza en sus corazones*.

Pero aun sin recurrir á estos signos, las oraciones mas comunes de la Iglesia son admirables, no impidiéndonos sentir toda su belleza sino el hábito de repetir las desde nuestra infancia. Por todas partes resonarian las aclamaciones, si se encontrase en Platon ó en Séneca una profesion de fe tan sencilla, tan pura, tan clara como esta:

«Creo en un solo Dios todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles é invisibles.»

La oración Dominical es obra del mismo Dios, que conocia todas nuestras necesidades: medítense bien sus palabras:

«*Padre nuestro que estás en los cielos.*»

Reconocimiento de un Dios único.

«*Santificado sea el tu nombre.*»

Culto debido á la divinidad: vanidad de las cosas humanas: Dios solo merece ser santificado.

«*Venga á nos el tu reino.*»

Inmortalidad del alma.

«*Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.*»

Palabras sublimes que comprenden todos los atributos de la Divinidad: resignación santa, que abraza todo el orden físico y moral del universo.

«*El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy.*»

¿Qué unción y fondo de filosofía! La única necesidad real del hombre es un poco de pan: necesítale so-

lamente para hoy (*hodie*), porque, ¿existirá acaso mañana?

«Y perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.»

Hé aquí la moral y la caridad en dos palabras.

«No nos dejes caer en la tentacion, mas libranos de mal.»

Hé aquí el corazon humano por entero: hé aquí el hombre y toda su fragilidad. No pide fuerzas para vencer, no pide no ser tentado, ni dejar de sufrir. Solo quien hizo la naturaleza humana pudo conocerla tan bien.

No hablaremos de la Salutacion angélica, llena verdaderamente de gracia, ni de aquella confesion que hace el cristiano cada día á los piés del Eterno. Jamás reemplazarán las leyes la moralidad de semejante costumbre. Considérese bien el freno que es para el hombre esta confesion humilde, que renueva día y noche: *Pequé de pensamiento, palabra y obra*. Pitágoras habia recomendado á sus discípulos una confesion semejante; pero estaba reservado al Cristianismo realizar estos sueños de virtud de los sabios de Roma y Atenas.

En efecto, el Cristianismo parece al mismo tiempo una especie de secta filosófica, y una antigua legislacion. De él proceden las abstinencias, los ayunos, y las vigiliat, pues no solo se encuentran vestigios de esto en las antiguas repúblicas, sino que lo vemos practicado por las escuelas sabias de la India, del Egipto y de la Grecia; de manera que cuanto mas se examina el fondo de la cuestion, es tanto mayor el convencimiento de que la mayor parte de los insultos lanzados contra el culto cristiano, hieren de rechazo la antigüedad. Pero volvamos á las oraciones.

Los actos de fe, esperanza y caridad, y el de contricion, disponian asimismo el corazon á la virtud; las oraciones de diversas ceremonias cristianas, relativas á objetos civiles ó religiosos, ó á simples accidentes de la vida, ofrecian congruencias perfectas, pensamientos elevados, grandes recuerdos, y un estilo igualmente sencillo que magnífico. En la misa nupcial leia el sacerdote la epístola de San Pablo: «Hermanos míos, estén las mujeres sujetas á sus maridos como al Señor;» y en el Evangelio: «En aquel tiempo se llegaron los fariseos á Jesús para tentarle, y le digeron: ¿Puede el hombre abandonar su mujer? Y les respondió: Está escrito que abandonará el hombre á su padre y á su madre, para unirse á su mujer.»

En la bendicion nupcial, despues de haber repetido el celebrante las palabras que el mismo Dios pronunció sobre Adam y Eva, *Crescite et multiplicamini*, añadia: «¡Oh Dios! unid, os suplicamos, los espíritus de estos esposos, y derramad sobre sus corazones una verdadera amistad. Mirad con ojos propicios á vuestra sierva... Haced que su yugo sea un yugo de amor y de paz, que, casta y fiel, siga siempre el ejemplo de las mujeres fuertes; que se haga amable á su marido como Raquel; que sea sabia como Rebeca; que goce de larga vida, y sea fiel como Sara... que logre una dichosa fecundidad; que guarde una vida pura é irreprochable, para que llegue al descanso de los santos, y al reino del cielo. Haced, Señor, que vean entrambos los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generacion, y que lleguen á una venturosa vejez.»

Quando salia la recién parida á misa se cantaba el salmo *Nisi Dominus*: «Si el Eterno no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican.»

En la ceremonia de la *conminacion*, ó anuncio de la cólera divina al principio de Cuaresma, se pronunciaban estas maldiciones del Deuteronomio:

«Maldito sea el que ha despreciado á su padre y á su madre.

»Maldito sea el que aparta al ciego del camino, etc.»

En la visita á los enfermos, decia el sacerdote al entrar: *Paz á esta casa y á los que la habitan*, y despues á la cabecera del enfermo:

«Padre de misericordia, conserva y manten á este enfermo en el gremio de tu Iglesia, como uno de sus miembros. Atiende á su contricion, recibe sus lágrimas y alivia sus dolores.»

Despues leia el salmo *In te, Domine*: «En tí he esperado, Señor, librame por tu justicia.»

¡Cuanto mas divinas aun parecen estas consideraciones al recordar que aquellos á quienes iba á visitar de este modo el sacerdote, eran casi siempre unos desvalidos, cuyo techo era de humilde paja!

Todos conocen las excelentes oraciones de los *Agonizantes*. En primer lugar se lee la oracion *Proficiscere*: «Salid, alma cristiana, de este mundo;» despues este lugar de la Pasion: *En aquel tiempo salió Jesús hacia el monte Olivete, etc.*; luego el salmo *Miserere mei*; en seguida esta leccion del Apocalipsis: *En aquellos dias vi á muchos muertos, grandes y pequeños, que comparecieron ante el Trono, etc.*; y, en fin, la famosa vision de Ezequiel: *La mano del Señor estuvo sobre mí, y habiéndome conducido fuera por el espíritu del Señor, me dejó en un campo cubierto de huesos. Entonces el Señor me dijo: Profetiza al espíritu; hijo del hombre, di al espíritu: Venid de los cuatro vientos, y soplad sobre estos muertos para que revivan, etc.*

Tambien habia oraciones determinadas para los incendios, las pestes y toda clase de calamidades. No olvidaremos, mientras existamos, haber oido leer, durante el inminente riesgo de un naufragio, el salmo *Confitemini Domino*: «Confesad al Señor, porque es bueno».....

«El lo manda, y levantándose el viento de la tempestad, se arremolinan las olas».....

«Entonces los marineros claman al Señor en su conflicto, y él los libra del peligro.»

«Avasalla la tormenta, conviértela en calma, y las olas del mar se aplacan.»

En la Pascua, Jeremías levantábase de entre el polvo de Sion para llorar al Hijo del Hombre. La Iglesia escogia lo mas hermoso, patético y melancólico que hay en los Santos Padres, y en el Antiguo y Nuevo Testamento, para componer los cánticos de esta semana, consagrada al mayor y mas doloroso de todos los misterios. Hasta las *Letanias* exhalaban suspiros y exclamaciones admirables, como lo manifiestan estos versículos de las *Letanias de la Providencia*:

«Providencia de Dios, consuelo del alma peregrina;

»Providencia de Dios, esperanza del pecador desamparado;

»Providencia de Dios, calma de las tempestades;

»Providencia de Dios, descanso del corazon, etc.;

»Ten piedad de nosotros.»

Por último, nuestros antiguos cánticos y aun los villancicos de nuestros abuelos, no carecian de mérito, pues se percibian en ellos la sencillez y el verdor, digámoslo así, de la fe. ¿Y por qué sino, en nuestras misiones del campo nos enterneíamos cuando los labradores cantaban:

Adoremus todos ¡oh misterio inefable!

¿A un Dios encubierto, etc.?

No era sino porque habia en estas voces campestres un acento irresistible de verdad y convencimiento. Los villancicos que pintaban las escenas rústicas, tenían en boca de la aldeana un estilo lleno de gracia; y, cuando acompañaba su canto con el rumor del huso, y sus hijos apoyados sobre sus rodillas escuchaban con suma atencion la historia del niño Jesús y del Pesebre, hubiérase en vano buscado aires mas dulces, ni religion mas conveniente á una madre.

CAPITULO IV.

DE LAS SOLEMNIDADES DE LA IGLESIA.

Del Domingo.

YA hemos dado á conocer la belleza de ese séptimo día, que corresponde al del descanso del Criador; division de tiempo conocida en la mas remota antigüedad. Poco importa saber si esto era una tradicion oscura de la Creacion, trasmitada al género humano por los hijos de Noe, ó si la inventaron los pastores mediante la observacion de los astros; lo cierto es, que es la mas perfecta de que se sirvió jamás legislador alguno. Prescindiendo de sus exastas relaciones con la fuerza de los hombres y de los animales, tiene aquellas grandes armonias geométricas que procuraron establecer siempre los antiguos entre las leyes particulares y generales del universo: esta division señala seis dias para el trabajo; y el seis, por medio de dos sencillas multiplicaciones, produce los trescientos sesenta dias del año antiguo, y los trescientos sesenta grados de la circunferencia. Podíase, pues, encontrar magnificencia y filosofia en la ley religiosa que dividia el círculo de nuestros trabajos de la misma manera que el que recorren los astros en su revolucion; como si el hombre no tuviese otro término á sus fatigas que la consumacion de los siglos, ni menores espacios que llenar con sus dolores que la duracion de los tiempos.

El cálculo decimal puede convenir á un pueblo mercantil; pero nada tiene de hermoso ni cómodo para las demás relaciones de la vida, ni para las grandes ecuaciones celestes. La naturaleza lo emplea raras veces, pues violenta, digámoslo así, el año y el curso del sol; y la ley de la gravitacion (única ley acaso del universo), se verifica por el *cuadrado* y no por el *quintuplo* de las distancias. Ni se adapta mas al desarrollo, germinacion y vejetacion de las especies, porque casi todas las hembras llevan el tres, el nueve y el doce, que corresponden al calculo seximal.

Sin embargo, la experiencia prueba que el quinto es un día muy inmediato, y el décimo demasiado distante para el descanso; y el Terror jamás pudo precisar al aldeano á observar la década, porque hay para ello una impotencia absoluta en las fuerzas humanas, y tambien en las de los animales. El buey no puede trabajar nueve dias consecutivos, y al cabo del sexto pide con sus mugidos las horas señaladas por el Criador para el reposo general de las criaturas.

El domingo reunia todas las ventajas, porque era á un mismo tiempo un día de placer y de religion. Es en verdad necesario que el hombre descansa de sus trabajos; pero como la ley civil no puede extenderse á las horas de su descanso, el eximirle tambien en este tiempo de la ley religiosa, seria librarle de todo freno, sumergirle de nuevo en el estado de la naturaleza, y lanzar repentinamente á un salvaje en medio de la sociedad. Para evitar semejante peligro, hicieron tambien los antiguos del día de descanso un día religioso; ejemplo consagrado por el Cristianismo.

CAPITULO V.

Explicacion de la misa.

HAY un argumento tan sencillo y natural en favor de las ceremonias de la misa, que es extraño se haya ocultado á los católicos en sus controversias con los protestantes. ¿Qué es lo que constituye el culto en cualquiera religion? El *sacrificio*. La religion que no lo tiene, carece de culto propiamente dicho. Esta es una verdad incontestable, porque en todas las naciones de la tierra han nacido las ceremonias religiosas del sacrificio, y no este de aquellas. De aquí es pre-

ciso inferir que solo el pueblo cristiano, que tiene un culto real, es el que conserva una inmolacion.

Admitido este principio, acaso se pretenderá impugnar la forma; mas si toda la objecion se reduce á esto, no será difícil probar que la misa es el mas bello, el mas misterioso y divino de todos los sacrificios.

Una tradicion universal nos enseña que la criatura se hizo en tiempos pasados culpable contra el Criador, resultando de tal creencia que todas las naciones han procurado apaciguar el cielo; todas juzgaron que era necesaria una victima, y se lo persuadieron de tal manera que empezaron ofreciendo en holocausto al hombre mismo, siendo el salvaje quien recurrió desde luego á este terrible sacrificio, como que era per su naturaleza el mas inmediato á la sentencia original, que pedia la muerte del hombre.

A las víctimas humanas sustituyóse despues la sangre de los animales; pero en las grandes calamidades se tornaba, á la primitiva costumbre. Los oráculos pedian á los hijos mismos de los reyes: la hija de Jepté, Isaac é Ifigenia fueron reclamados por el cielo irritado: Curcio y Codro se sacrificaron por Roma y Atenas.

No obstante, el sacrificio humano fue el primero que los pueblos abolieron, porque pertenecia al estado de la naturaleza, en que el hombre es casi enteramente *físico*; continuóse por largo espacio de tiempo inmolando diferentes animales; pero cuando la sociedad empezó á envejecer, y se reflexionó sobre el orden de las cosas divinas, echóse de ver la insuficiencia del sacrificio material; comprendióse entonces que la sangre de los machos de cabrío y de las terneras no podia en manera alguna rescatar á un ser inteligente y capaz de virtud. Buscóse, pues, una hostia mas digna de la naturaleza humana. Ya enseñaban los filósofos que los dioses no se movian por las hecatombes, y que solo aceptaban la ofrenda de un corazon humillado, y Jesucristo confirmó estas vagas nociones de la razon. El Cordero místico, sacrificado por la salvacion de la humanidad, reemplazó las primicias de las ovejas, y á la inmolacion del hombre físico se sustituyó para siempre la inmolacion de las pasiones, ó el sacrificio del hombre moral.

Cuanto mas se profundiza el Cristianismo, mas se advierte que no es otra cosa que la ilustracion de la razon natural, y el resultado necesario de la vejez de la sociedad. ¿Quién podria sufrir hoy la sangre infecta de los animales enrededor de un altar, y creer que los despojos de un buey nos hacian propicio el cielo? Lo que se concibe con facilidad, es que una victima espiritual, ofrecida diariamente por los pecados de los hombres, puede ser acepta á los ojos del Señor.

Sin embargo, para la conservacion del culto exterior habia necesidad de un signo sensible, símbolo de la victima moral. Jesucristo, antes de dejar la tierra, no olvidó la groseria de nuestros sentidos, que no pueden carecer de objeto material: al efecto instituyó la Eucaristia, en la cual, bajo las especies visibles de pan y vino, ocultó la ofrenda invisible de su sangre y de nuestros corazones. Tal es la explicacion del sacrificio cristiano, que no ofende, por cierto, ni al buen sentido ni á la filosofia; y si el lector quiere meditarla un tanto, acaso le brindará algunas nuevas reflexiones sobre los abismos santos de nuestros misterios.

CAPITULO VI.

Ceremonias y oraciones de la misa.

¡OSTANOS justificar los ritos del sacrificio. Supongamos, que la misa es una ceremonia antigua, cuya descripcion y oraciones se hallan en los juegos seculares de Horacio, ó en algunas tragedias griegas; ¿cuánto no admiraríamos el siguiente diálogo, con que se inaugura el sacrificio cristiano!

— Me acercaré al altar de Dios.
 — Del Dios, que regocija mi juventud.
 — Envía tu luz y tu verdad; ellas me condujeron á tu monte santo y á tus tabernáculos.
 — Me acercaré al altar de Dios, del Dios que regocija mi juventud.
 — Cantaré con el arpa tus alabanzas, ¡oh Señor! pero, alma mía ¿por qué estás triste y por qué me conturbas?
 — Esperad en Dios, etc.

Este diálogo es un verdadero poema lírico entre el sacerdote y el catecúmeno: el primero, lleno de días y de experiencia, llora la miseria del hombre por quien va á ofrecer el sacrificio; el segundo, lleno de esperanza y de juventud, canta la víctima por la cual ha de ser rescatado.

Sigue el *Confiteor*, oración admirable por su moralidad. El sacerdote implora la misericordia del Omnipotente para sí y para el pueblo.

El diálogo prosigue de este modo:

— Señor, escucha mi oración!

— Y mis clamores lleguen á ti.

Sube entonces el sacrificador al altar, se inclina y besa con respeto el ara sagrada, que en tiempos antiguos contenía los huesos de los mártires, tierno recuerdo de las catacumbas.

Penétrase el sacerdote en este momento de un fuego divino: entona como los profetas de Israel el cántico que cantaron los ángeles sobre la cuna del Salvador, y del cual oyó Ezequiel una parte dentro de la nube:

«¡Gloria á Dios en las alturas del cielo, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad! ¡Te adoramos, te bendecimos, te alabamos, rey del cielo, en tu gloria inmensa etc.!»

Al cántico se sigue la Espístola. El amigo del Redentor del mundo, Juan, hace oír sus palabras llenas de dulzura; ó el sublime Pablo, desafiando á la muerte, descubre los misterios de Dios. Al leer el Evangelio, el sacerdote se detiene, y suplica á Dios purifique sus labios con el ascua con que tocó los de Isaías. Resuenan entonces las palabras de Jesucristo en el concurso cristiano: unas veces se recuerda la sentencia de la mujer adúltera; otras vemos al Samaritano vertiendo el bálsamo sobre las llagas del caminante, y otras á los párvulos bendecidos por su inocencia.

¿Qué pueden hacer el sacerdote y los fieles, después de haber oído semejantes palabras? Declarar que creen firmemente la existencia de un Dios que dejó ejemplos tales al mundo; por esto se canta en triunfo á continuación el símbolo de la fe. La filosofía, que se precia de aplaudir las cosas grandes, debiera haber advertido que esta es la primera vez que todo un pueblo ha profesado públicamente el dogma de la unidad de Dios: *Credo in unum Deum*.

El sacrificador prepara después la hostia inmaculada, por sí, por los vivos y por los difuntos, y después ofrece el cáliz diciendo: «Señor, te ofrecemos el cáliz de nuestra salud.» Bendice el pan y el vino, y dice: «Venid, Dios eterno, y bendecid este sacrificio.» Y lava sus manos.

«Lavaré mis manos entre los inocentes ¡Oh Señor! no permitas que termine mis días entre los sanguinarios.» Memoria de las antiguas persecuciones.

Preparado todo, se vuelve el celebrante al pueblo, y dice:

«Orad, hermanos míos.»

El pueblo responde:

«Reciba el Señor este sacrificio de tus manos.»

Enmudece el sacerdote por un momento, y después anunciando de repente la eternidad, exclama: *Per omnia secula seculorum*:

¡Levantad vuestros corazones!

Y responden infinitas voces:

Habemus ad Dominum:

«Los elevamos hasta el Señor.»

Cántase el Prefacio sobre el antiguo recitado de la tragedia griega, invitando á las Dominaciones, á las Potestades, á las Virtudes, á los ángeles y á los serafines á que desciendan con la gran víctima, y á que repitan con el corazón de los fieles el triplicado *Sanc-tus*, y el *Hosanna* que llena eternamente los ámbitos del cielo.

Llégase en fin el momento terrible. Acaba de abrirse el *Cánon*, en que está grabada la ley eterna; hácese la consagración con las palabras de Jesucristo, y el sacerdote, inclinándose profundamente dice: «Señor! sea agradable á tus ojos la hostia santa como los dones del justo Abel, como el sacrificio de nuestro patriarca Abraham, y como el de tu sumo sacerdote Melquisedec; te suplicamos mandes que estos dones sean llevados á tu sublime altar por manos de tu ángel, en presencia de tu Magestad divina.»

Pronunciadas estas palabras, el misterioso cumple, y el Cordero desciende para ser inmolado.

O moment solennel! ce peuple prosterné,
 Ce temple dont la mousse a couvert les portiques,
 Ses vieux murs, son jour sombre et ses vitraux gothiques;
 Cette lampe d'airain qui, dans l'antiquité,
 Symbole du soleil et de l'éternité,
 Luit devant le Trés-Haut, jour et nuit suspendue;
 La majesté d'un Dieu parmi nous descendue;
 Les pleurs, les vœux, l'encens qui monte vers l'autel,
 Et de jeunes beautés qui, sous l'œil maternel,
 Adoucissent encor par leur voix innocente
 De la religion la pompe attendrissante;
 Cet orgue qui se tait, ce silence pieux,
 L'invisible union de la terre et des cieux,
 Tout enflamme, agrandit, émeut l'homme sensible:
 Il croit avoir franchi ce monde inaccessible,
 Oú sur des harpes d'or l'immortel séraphin
 Aux pieds de Jéhovah chante l'hymne sans fin.
 Alors de toutes parts un Dieu se fait entendre;
 Il se cache au savant, se révèle au cœur tendre:
 Il doit moins se prouver qu'il ne doit se sentir (1).

CAPITULO VII.

La festividad del Corpus.

No se parecen las fiestas cristianas á las ceremonias del paganismo; no se lleva en ellas un buey-dios, ni un macho cabrío sagrado en triunfo, ni hay obligación, so pena de ser despedido, de adorar un gato, un cocodrilo, ó de tenderse ebrio por las calles, prorumpiendo en alaridos, y cometiendo todo género de abominaciones por Venus, Flora y Baco: en nuestras solemnidades todo es esencialmente moral. Si la Iglesia ha desterrado de ellas las danzas, es porque conoce las pasiones que encubre este placer, en apariencia inocente; el Dios de los cristianos no pide más que los deseos del corazón, y los movimientos tranquilos de un alma que se ajusta al apacible concierto de las virtudes. ¿Qué solemnidad pagana podrá rivalizar con la fiesta en que celebra la Iglesia el nombre del Señor?

No bien anuncia la aurora la fiesta del Rey del mundo, cúbrense las casas de ricos tapices, siémbrense las calles de flores, y el gozoso clamor de las campanas llama al templo á la innumerable multitud de los fieles.

Dada la señal, conmuevese todo, y empieza á desfilar la religiosa procesion.

Muéstranse en primer lugar los gremios, conduciendo en hombros las imágenes de sus protectores y algunas veces las reliquias de aquellos que nacidos en ínfima clase, han merecido por sus virtudes ser venerados de los reyes: lección sublime que solo la religion cristiana ha dado al mundo.

Brilla luego el estandarte santo de Jesucristo, no ya cual insignia de dolor, sino como señal de alegría: á pasos lentos se adelanta en dos filas un largo séqui-

(1) El día de difuntos, por Mr. de Fontanes.

to de aquellos esposos de la soledad, de aquellos hijos del yermo, cuya antigua vestidura renueva la memoria de otras costumbres y de otros siglos. Sigue el clero secular á estos solitarios, cuyo religioso séquito cierran tal vez los prelados revestidos con la púrpura romana. Aparece solo al fin, el pontífice de la fiesta llevando en sus manos la imagen de la radiante Eucaristía, que se deja ver bajo un palio al término de la magestuosa pompa, á la manera que algunas veces se muestra el sol bajo una resplandeciente nube de oro, á la extremidad de una alameda iluminada por sus rayos.

Entre las filas de la procesion se ven tambien interesantes grupos de niños: unos presentan canastillos de flores, otros vasos de perfumes. A la señal del que dirige la procesion, los coristas se vuelven hácia la imagen del Sol eterno, y hacen volar las rosas deshojadas por donde aquella ha de pasar. Los Levitas, vestidos de blancas túnicas, mecen delante del Altísimo los incensarios. Elévanse entónces piadosos cánticos á lo largo de las santas filas: el ruido de las campanas y el estampido del cañon anuncian á las naciones de la tierra que el Omnipotente ha salido del umbral de su templo. Las voces y los instrumentos enmudecen por intervalos; y un silencio tan magestuoso como el de los grandes mares en un día de calma, reina en la sagrada multitud: nada se escucha ya sino sus graves y mesurados pasos.

¿A dónde va ese Dios formidable, cuya magestad proclaman las potestades de la tierra? A reposar bajo las tiendas de lino y los arcos de ramaje que le ofrecen, como en los días de la Antigua Alianza, templos inocentes y retiros campestres. Los humildes de corazón, los pobres y los niños le preceden; los jueces, los guerreros y los potentados le siguen. Así caminan entre la sencillez y la grandeza, y él se muestra á los hombres como el hermoso mes que ha escogido para su fiesta, estacion de flores y de tempestades.

Las ventanas y las tapias de la ciudad están coronadas de habitantes, cuyos corazones se dilatan en esta fiesta del Dios de la patria: el recién nacido extiende sus tiernos brazos al Jesús de la montaña, y el anciano, inclinado hácia el sepulcro, se siente repentinamente libre de sus temores, pues una esperanza secreta de vida le colma de inmensa alegría á la vista del Dios vivo.

Las solemnidades del Cristianismo están enlazadas de un modo admirable con las escenas de la naturaleza. La fiesta del Criador llega en el momento en que la tierra y el cielo declaran todo su poder; en que los bosques y los campos pululan en generaciones nuevas; todo está unido con los vínculos mas dulces: no hay una sola planta viuda en los campos.

Por el contrario, la desnudez de las plantas y el luto de la creacion anuncian la fiesta de los difuntos al hombre, que cae como las hojas de los árboles.

En la primavera, emplea la Iglesia en nuestras aldeas muy diferente aparato. La fiesta del *Corpus* conviene mas al esplendor de las cortes, y las rogativas, á la sencillez de los lugares. El campesino siente con alegría abrirse su alma á las benignas influencias de la Religion, y sus terrones al rocío del cielo. ¡Dichoso aquel que produzca mieses útiles, y cuyo humilde corazón se incline al peso de sus propias virtudes, como el tallo del trigo, al del grano precioso de que está cargado!

CAPITULO VIII.

De las rogativas.

Al sonar las campanas de la aldea, abandonan los rústicos su trabajo. El viñador desciende de la colina, el labrador corre por el llano, el leñador sale del monte; las madres, cerrando sus cabañas, llegan con sus

hijos, y las doncellas dejan los husos, los ganados y las fuentes para venir á celebrar la festividad.

Reúnense en el cementerio de la parroquia, sobre los sepulcros de sus abuelos, cubiertos de verdor. Acude luego del lugar vecino todo el clero destinado á la ceremonia, que por lo regular se reduce á un anciano pastor, conocido solamente por el nombre de *párroco*; nombre respetable y digno de veneracion, en que ha venido á confundirse el suyo propio, y que mas que el ministro del templo, indica el padre laborioso del rebaño. Sale, pues, de su retiro, construido junto á la morada de los difuntos, cuyas cenizas custodia, y donde está constituido como un centinela avanzado en las fronteras de la vida, para recibir á todos los que entran y á todos los que salen de este reino de dolores. Un pozo, unos álamos, una parra al rededor de su ventana, y algunas palomas componen toda la herencia de este rey de los sacrificios.

Este apóstol del Evangelio, vestido con una sencilla sobrepelliz, congrega sus ovejas delante de la puerta de la iglesia, y les dirige un discurso, hermoso sin duda alguna, si le juzgamos por las lágrimas de los circunstantes. Oyésele repetir con frecuencia: *Hijos míos, mis amados hijos*; que tal es todo el secreto de la elocuencia del Crisóstomo campestre.

Después de la exhortacion, empieza la asamblea á desfilar cantando. «Vosotros saldreis con placer, y sereis recibidos con alegría: las colinas se conmovrán, y os oirán con gozo.» El estandarte de los santos y la antigua bandera de los tiempos caballerescos abre el camino al rebaño, que le sigue en tropel con su pastor. Entran en caminos sombríos y profundamente cortados por las pesadas ruedas de los carros; salvan las altas barreras, formadas con solo un tronco de encina, y caminan á lo largo de una hilera de espinos donde zunaba la abeja y silban los ríos. Los árboles están cubiertos de flores ó adornados de naciétes hojas. Los bosques, los valles, los rios y las rocas oyen alternativamente los himnos de los labradores. Admirados de estos cánticos, los alados huéspedes de los campos salen de las nuevas mieses y se detienen á alguna distancia para ver pasar la pompa aldeana.

La procesion vuelve, en fin, á entrar en la aldea, y cada cual torna á sus tareas, pues la Religion no ha querido que el día en que se piden á Dios los bienes de la tierra, fuese un día de ocio. ¡Con cuán lisonjeras esperanzas no se introduce la reja en los surcos, después de haber implorado al que dirige el sol, y guarda en los tesoros de su poder los vientos del Mediodía y las templadas lluvias! Para acabar bien un día tan santamente comenzado, los ancianos de la feligresía acuden al anoecer á conversar con el párroco, que cena bajo los álamos de su patio. La luna esparce las últimas armonías sobre esta fiesta, que renuevan cada año el mes mas apacible y el curso del astro mas misterioso. Créese oír por todas partes germinar las semillas en la tierra, nacer y crecer las plantas, y murmurar desconocidas voces en el silencio de los bosques, como el blando coro de esos ángeles campestres, cuyo socorro se ha implorado; en tanto, los suspiros del ruiseñor resuenan en los oídos de los ancianos, sentados no lejos de los sepulcros.

CAPITULO IX.

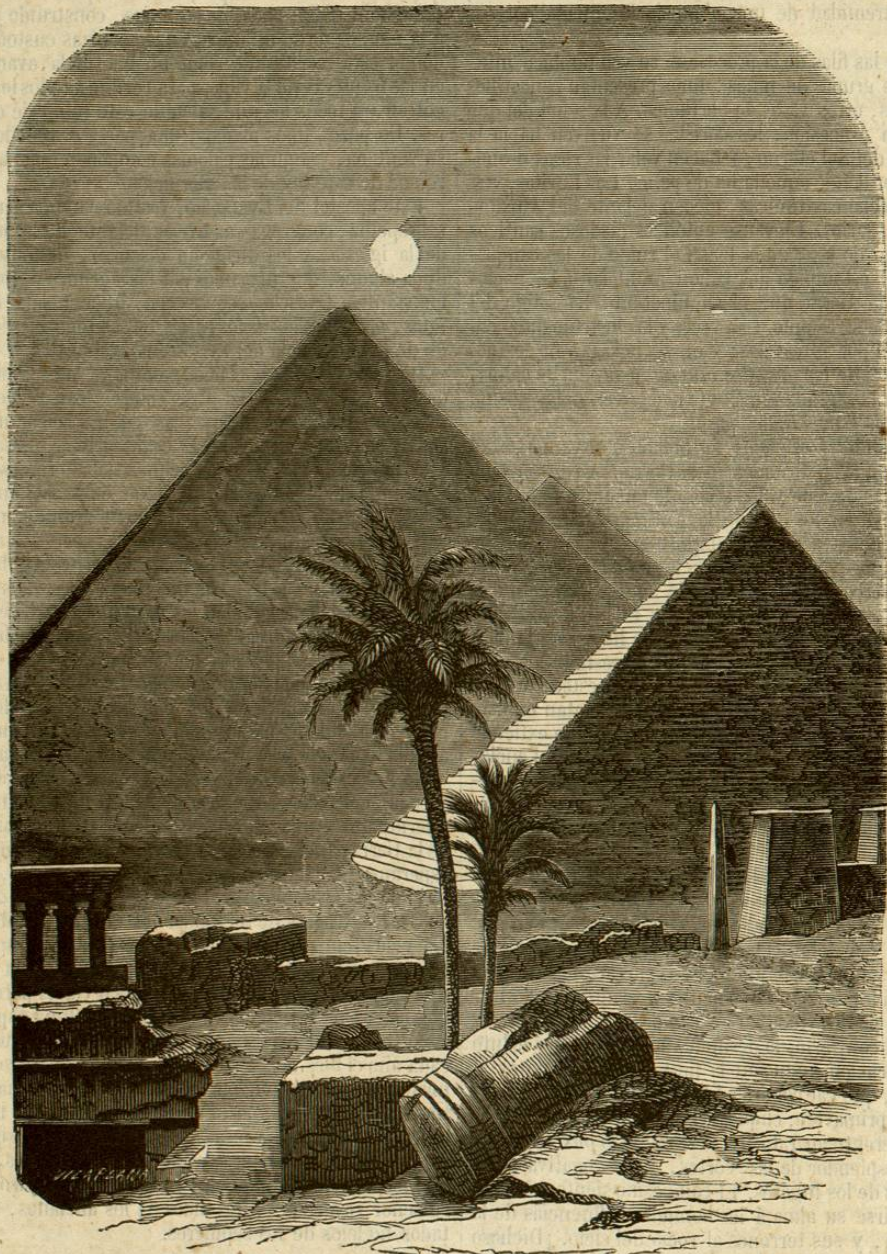
DE ALGUNAS FESTIVIDADES CRISTIANAS.

La Navidad, Reyes, etc.

Los que nunca han vuelto sus corazones hácia aquellos tiempos de fe en que un acto de religion era la fiesta de una familia; los que desprecian los placeres en que solo se encuentran sencillez é inocencia, son ciertamente dignos de compasion. Mas, al privarnos de estos sencillos solaces, ¿se nos ofrecerán otros mejores?

¡Ah! Harto le hemos experimentado. ¡Cosa extraña! Los hombres poderosos que hablaban en nombre de la igualdad y de las pasiones, no han podido fundar jamás una fiesta; y el santo mas oscuro, que nunca habia predicado sino pobreza, obediencia y desprecio á los bienes de la tierra, tenia su solemnidad

en el momento mismo en que su culto podia causar la muerte! Concluyamos, pues, que solo aquella fiesta que tenga conexion con la Religion, las costumbres y la memoria de los beneficios, será subsistente y durable. No basta decir á los hombres *Regocijados*, para que se regocijen, porque no se establecen



ANTIGUOS SEPULCROS DE EGIPTO.

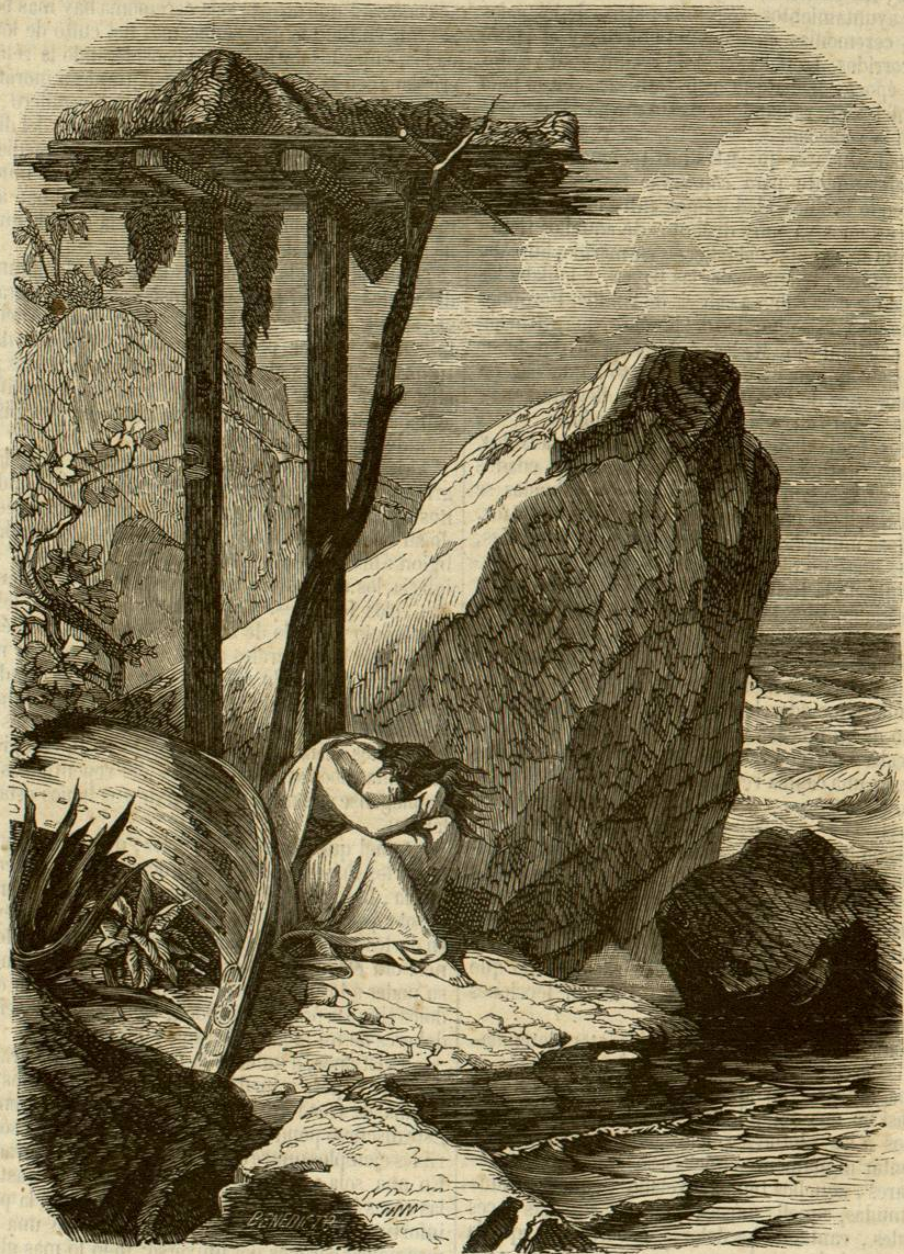
dias de placer como de luto, ni es tan fácil mandar reír como hacer llorar.

Mientras la estatua de Marat reemplazaba la de San Vicente de Paul, y mientras se celebraban todas aquellas pompas, cuyos aniversarios están señalados en nuestros fastos como dias de eterno dolor, alguna piadosa familia celebraba en secreto una devota fiesta

cristiana, y la Religion mezclaba amigable algun goce entre tanta tristeza; los corazones sencillos no recuerdan sin enternecerse aquellas horas de desahogo y sociedad, en que se juntaban alrededor de las tortas que traian á la memoria los presentes de los Magos. El abuelo, retirado todo el año en el rincón de su aposento, salia aquel gran dia, como la divinidad del

hogar paterno. Sus nietos, que despues de mucho tiempo no soñaban en otra cosa que en la esperada fiesta, abrazaban sus rodillas, y le rejuvenecian con su juventud. Todos los semblantes respiraban alegría, todos los corazones se dilataban; la sala del festin estaba maravillosamente adornada, y todos estrenaban vestidos. En medio de los brindis, de la algazara y del

regocijo se sorteaban aquellas dignidades reales que no costaban suspiros ni lágrimas; contentábanse con aquellos cetros que no pesaban en las manos de los que los empunaban. Muchas veces, un fraude que redoblaba la alegría de los súbditos, y solo excitaba las quejas de la reina, hacia caer la suerte á la hija de la casa y al hijo del vecino, recién venido del ejérci-



SEPULCROS DE OTATI.

to. Los dos jóvenes se sonrojaban, y no sabian qué hacer de su corona, mientras sonreian las madres, los padres se hacian señas, y el abuelo bebía á la salud de la nueva soberana.

Presente el cura á la fiesta, recibia aquella primera parte llamada *de los pobres*, para distribuirla

con otros socorros. Los juegos del tiempo antiguo, y un baile cuyo primer músico era algun antiguo criado, prolongaban los placeres nocturnos; y nodrizas, niños, arrendadores, criados y amos, bailaban juntos la antigua rueda.

Estas escenas se representaban en toda la cristian-